



FERNANDO EL CATÓLICO. UN MODELO DE PRÍNCIPE DEL RENACIMIENTO

SALVADOR RUS RUFINO

SUMARIO: 1. Dos visiones desde Italia. – 2. El príncipe del Renacimiento. – 3. La consolidación de la posición en España. – 4. La ordenación del espacio exterior. – 5. Un proyecto político global. – 6. A modo de conclusiones.

1. En el año 1515 poco antes de la muerte de Fernando el Católico, Roma, el centro de la Cristiandad, vivía el comienzo de los que iban a ser los mejores tiempos del Renacimiento. Rafael y sus discípulos decoraban en la colina Vaticana las estancias del nuevo edificio destinado a convertirse en el centro del mundo cristiano católico. El rey Fernando está representado en la sala del Incendio del Borgo flanqueado por dos cariátides y vestido con los atributos de los emperadores romanos bajo la leyenda Ferdinandus Rex Catholicus, Christiani Imperii Propagator (Fernando Rey Católico, Conquistador del Imperio Cristiano). La frase es un exacto y completo resumen toda una vida y de un proyecto histórico, político, social e individual, que entroncó perfectamente con la trayectoria de España, restaurando y estabilizando el Imperio Cristiano que estuvo vigente durante hasta la Paz de Westfalia de 1648.

El artífice de esta estructura política fue Fernando el Católico, en la etapa postrera de su vida había alcanzado el cenit de su prestigio y se había convertido en el espejo donde se miraban y se mirarían monarcas, príncipes, caballeros e intelectuales europeos durante mucho tiempo.

El genio y la perspicacia política de Fernando el Católico recibió su reconocimiento de la pluma de Nicolás Maquiavelo, uno de los pensadores más influyentes de la época¹, justo cuando el florentino atravesaba un momento vital muy doloroso. En efecto, el 7 de noviembre de 1512 era apartado de todos sus cargos tras volver a controlar el poder de Florencia la familia Médici². Esta destitución ponía un punto y final a dieciocho años de exitosa carrera política en la República de la Toscana y su exilio voluntario en la pequeña finca Albergaccio en Sant'Andrea in Percussina.

¹ M. RODRÍGUEZ FUSTER, *La visión de Fernando el Católico en El Príncipe*, 2011, Ab Initio, n° 4, pp. 37-48.

² Véase la completa y ordenada relación bibliográfica del libro de S. DEL ÁGUILA- R. CHAPARRO, *La república de Maquiavelo*, Madrid, 2006, pp. 273-287.



A mediados de marzo Maquiavelo mantuvo un intercambio epistolar con Francesco Vettori. Fernando el Católico es uno de los personajes que más citados en las cartas, lo cual muestra la grandeza y la notoriedad que había alcanzando Fernando II de Aragón en aquellos años, pero también de la animadversión que provocaba³, sobre todo porque su irrupción en la política europea cambió radicalmente el sistema de alianzas. Su vida y sus decisiones políticas no provocaban indiferencia. En una ocasión Vettori, que no tenía un buen concepto del monarca, escribió a Maquiavelo “que si es cierta la tregua entre Francia y España es necesario concluir que el Rey Católico no es ese hombre astuto y prudente que se predica, o bien hay aquí gato encerrado, y de lo que se ha dicho otras veces se ha consolidado en el cerebro de estos príncipes, y que España, Francia y el Emperador planean repartirse esta mísera Italia”⁴. A lo que Maquiavelo respondió con otra consideración a propósito del tratado que firmaron en Blois: “qué creo yo que movió a España a hacer este tregua con Francia, no pareciéndoos que exista para la primera ventaja alguna por ningún sitio; de manera que juzgando por un lado, que este Rey de España es sabio, por el otro, que ha obrado erróneamente, os veis forzado a pensar que hay algo importante encubierto que, de momento, ni vos ni nadie ha averiguado ... A lo que replico que, sin negar que aquel Rey sea sabio, con todo, a mí me parece más astuto y afortunado que sabio”⁵. En otro párrafo dice que “si vos consideráis aquellos hechos en su conjunto y cómo se gobernaron todos los asuntos, veréis en el Rey de España astucia y buena fortuna, más bien que sabiduría o prudencia”⁶. Después de describir sus éxitos políticos en Italia, afirmó: “Este rey, como sabéis, ha llegado a la actual grandeza partiendo de una baja y débil fortuna, y ha tenido siempre que combatir contando con estados nuevos y súbditos vacilantes. Y uno de los modos con los que

³ N. MAQUIAVELO, *Epistolario privado. Las cartas que nos desvelan el pensamiento y la personalidad de uno de los intelectuales más importantes del Renacimiento*, edición a cargo de J.M. Forte, 2007, p. 195, carta 38, dice que el rey de España es “tacaño y avaro”.

⁴ N. MAQUIAVELO, *cit.*, p. 142, carta 26. Se refiere a la tregua firmada en Orthez el 1 de abril de 1513.

⁵ N. MAQUIAVELO, *cit.*, p. 149, carta 28. Esta ocasión se refiere, al cuatro y último Tratado de Blois firmado entre Luis XII y Fernando el Católico el 18 de julio de 1512 y contenía los siguientes acuerdos. Es un pacto de no agresión e incluye la ayuda mutua ante posibles necesidades contra un enemigo común, respetándose los dominios territoriales de cada una de las partes firmantes; se comprometen a no permitir el paso a través de sus territorios a tropas que combatesen a cualquiera de ambos reinos; se reconoce la libertad de comercio de cada Corona, tanto por tierra como por mar, así como en los desplazamientos de los comerciantes y residencias de los mismos de ambos dominios; se obligan las partes a participar en los tratados de amistad y alianza firmados por el otro; se exige al rey de Navarra la consideración de enemigo de los ingleses y de cualquiera que les acompañase, en el caso de una invasión a Francia, con la obligación, además de combatirlos y, finalmente, se reconocía la alianza entre los reyes navarros y los de Aragón y Castilla, para no permitir el paso de los que, a través de Navarra, quisieran atacar España y se extiende ese compromiso a quienes quisieran hacer la guerra a Francia desde Navarra.

⁶ N. MAQUIAVELO, *cit.*, p. 151, carta 28.



se conservan los nuevos estados y se sujetan los ánimos vacilantes, o se los tiene en suspenso e irresolutos, consiste en crear una gran expectación entorno a sí, teniendo siempre a los hombres con los ánimos intranquilos, pendientes del fin que tendrán las nuevas resoluciones y empresas. Este rey ha sabido ver esta necesidad y la ha empleado bien; de aquí nacieron las incursiones en África, la entrada en el Reino de Nápoles y todas las otras empresas de las que no se ve el fin, porque su finalidad no es la conquista y la victoria, sino ganar prestigio entre sus pueblos, y mantenerlos aturdidos con la multiplicidad de sus acciones”⁷. El experimentado político florentino realizó en pocas líneas un resumen muy ajustado de lo que fue la vida de Fernando el Católico, que en esos años ya era reconocido como rey de España y árbitro de la política europea.

Hace 500 años, Maquiavelo terminó la composición de su célebre tratado *El Príncipe*⁸. En sus páginas pondrá más de una vez como ejemplo de un gobernante que acierta y que emerge sobre todos los demás a Fernando el Católico, porque fue capaz de conservar y acrecentar sus territorios mediante sus hazañas, conquistas, expansión y enriquecimiento para su reino. Acertó a mantener contento, ocupado y satisfecho al pueblo, mediante empresas, objetivos políticos y militares, fiestas, espectáculos y reconocimiento de las cualidades que atesoran algunas personas, etc. lo cual provoca siempre la gratitud, la confianza y el incremento de la autoridad del monarca entre sus súbditos, garantizando la estabilidad y la perdurabilidad de la casa reinante, la integridad del reino y, también, la continuidad del proyecto político, que le permitió ser rey de Sicilia, rey consorte de Castilla, ceñirse la Corona de Aragón, completar la Unión de Reinos y reconquistar España, asimilar la apertura y las posibilidades que ofrecía el nuevo mundo americano, salir victorioso de la guerra de Italia, conquistar parte del norte de África y asentar una monarquía española que dominaría el mundo conocido durante varias generaciones. ¿Por qué el rey Fernando el Católico es calificado en las páginas de *El Príncipe* como el un príncipe nuevo?

Maquiavelo quiere poner de relieve en el caso de Fernando el Católico su capacidad para restablecer el patrimonio de la Corona de Aragón mediante la toma de decisiones acertadas con nuevos reinos -Nápoles y Navarra-, la recuperación de otros -los condados pirenaicos-, y el acrecentamiento de los territorios de lo que sería España con el descubrimiento de nuevas tierras -América- y la conquista por la fuerza

⁷ N. MAQUIAVELO, *cit.*, p. 155, carta 28. El mismo Maquiavelo corroboró esta afirmación diciendo que “yo pensé siempre y sigo pensando que España hubiera querido y quiere ver al Rey de Francia fuera de Italia, pero sólo si pudiera expulsarlo él mismo con sus armas y su prestigio”, en N. MAQUIAVELO, *cit.*, p. 158, carta del 20 de junio de 1513, carta 29.

⁸ “Y como DANTE, *Paraíso*, V, pp. 41-42, dice que no hay saber si no se guarda lo que se ha comprendido, yo he anotado lo que he sacado con su conversación, y he compuesto un opúsculo, *De principatibus*, en el que profundizo cuanto puedo en las dificultades de esta materia; razonando sobre qué es un principado, de cuántos tipos hay, cómo se adquieren, cómo se mantienen, por qué se pierden”. Carta de Nicolás Maquiavelo a Francesco Vettori de 10 de diciembre de 1513 en N. MAQUIAVELO, *cit.*, p. 209, carta 40. La obra se publicó póstumamente el año 1532.



de las armas -Granada y el norte de África-. El éxito es fruto de haber trazado un proyecto, un plan de actuación y una estrategia flexible en la que se integraron de forma unitaria y muy comprometidos con él un grupo heterogéneo de personas y de medios que deseaban y luchaban por conseguir el éxito. Fernando el Católico se mostraba ante la mirada de todos como un líder con autoridad reconocida que le permitió ejercer el poder de manera adecuada y oportuna en cada caso. En suma, fue un político eficaz que supo mantener los equilibrios de poder en sus reinos y en el política internacional

Maquiavelo cita el principado mixto⁹, una constitución política que trata de mantener el equilibrio y la armonía entre diferentes formas de estado y de gobierno. Pero llama la atención que no quiera utilizar el nombre del rey Fernando explícitamente, aunque se refiere a él cuando escribe: “Cierta príncipe de nuestro tiempo, al que no es oportuno nombrar, no predica más que paz y lealtad, cuando de una y de la otra es acérrimo enemigo; y tanto la una como la otra, de haberlas observado, le habría arrebatado o la reputación o el Estado”¹⁰. Quizá omite su nombre porque la figura y las obras del Rey Católico desbordó los esquemas conceptuales de Maquiavelo, que le costaba entender que alguien que comenzó desde tan bajo, como dirá en el capítulo XXI de *El Príncipe*, haya llegado a ser considerado el monarca más poderoso y reconocido de la Cristiandad. Para Maquiavelo el éxito se cifra en la virtud de Fernando el Católico, en su habilidad para enfrentarse y dar cumplida respuesta a la necesidad y a la exigencia de cada momento, pero también en su capacidad para prevenir y comprender de una forma prudente y sabia el desarrollo de los acontecimientos. Aunque el florentino se resiste a reconocerlo, su actuación es fruto de su sabiduría, de su prudencia, de su visión y de su audacia¹¹.

Para Maquiavelo Fernando el Católico no es un modelo, sino un ejemplo vivo lleno de vitalidad, que está implicado con los asuntos de gobierno y con los acontecimientos internacionales, que sabe desplegar su perspicacia política en un ámbito que supera los límites de un reino o de una república, que en diferentes niveles de actuación política, que acomete reformas en sus dominios y que se mueve un vastísimo campo de acción con personas de su total confianza con prudencia y con mucha fortuna¹².

⁹ N. MAQUIAVELO, *El príncipe*, Madrid, (traducción de Helena Puigdoménech), 2011, pp. 13-33, capítulo III.

¹⁰ N. MAQUIAVELO, cit, p. 175, capítulo XVIII.

¹¹ N. MAQUIAVELO, cit., todo el capítulo XVIII y también las cartas de su amigo Francesco Vettori de 19 y 21 de abril de 1513 en MAQUIAVELO, cit., pp. 13-33 y 142-148.

¹² L. DÍEZ DEL CORRAL, *La Monarquía Hispánica en el pensamiento político europeo: de Maquiavelo a Humboldt*, Madrid, *Revista de Occidente*, 1976, pp. 104 y 151 y J. A. MARAVALL, *El pensamiento político de Fernando el Católico*, en *Estudios del V Congreso de la Corona de Aragón*, Vol. II, Pensamiento político, política internacional y religiosa de Fernando el Católico, Zaragoza, Institución Fernando el Católico-CSIC, 1956, p. 14-15.



Finalmente, Maquiavelo, a lo largo de su obra, ofrece unas claves para entender al príncipe nuevo, por tanto, a Fernando el Católico que podemos resumir en la soberanía como poder autónomo para llevar a buen término los proyectos políticos donde se integran de forma armónica y equilibrada personas, intereses y medios materiales. Establecer una interconexión para aglutinar fuerzas y aliados que fortalezcan la posición propia contra enemigos aparentemente más fuertes y con más recursos. Buscar la eficacia en las acciones políticas para alcanzar los objetivos con el mínimo gasto de recursos y medios y, finalmente, admiró su astucia, dinamismo, sentido pragmático y utilitario de sus resoluciones y su capacidad para identificar en todas las ocasiones oportunidades que conducen al éxito de sus empresas. La novedad consistía no en advertir la importancia de uno ellos, sino el saber conjugarlos todos en un mismo proyecto político y de forma concurrente, coherente, ordenada y buscando un fin que es bueno y valioso para todos los actores.

2. ¿Cómo llegó a ocupar un lugar tan destacado entre los reyes? ¿Por qué consiguió el reconocimiento de los políticos y los intelectuales de una Europa que se abría a la Edad Moderna?¹³ ¿Cómo fue posible que pudiera llegar a convertirse en rey y monarca universal y en modelo a imitar?

La historiografía moderna, por lo menos hasta mediados del siglo XIX, fue favorable a la persona y a la obra de Fernando el Católico¹⁴. Lo que llamó la atención de unos y otros fue que en un mundo que se hacía del todo nuevo el monarca español encarnó con su forma de gobernar la síntesis ideal y la realización soñada de la figura del príncipe que delinearon los viejos autores y también a la que añoraban los más modernos, como los autores españoles Gracián y Saavedra Fajardo.

Europa asistía a un cambio de paradigma social, político, económico, cultural y religioso. Una época en la que los dos grandes protagonistas de las etapas anteriores, el imperio y el papado, cedían ante el empuje de nuevos reinos que en su desarrollo deseaban ocupar el espacio que estos poderes estaban dejando. La situación imponía

¹³ J. BODIN, *Six livres de république*, Geneva, 1557, pp. 137, 141 155, 164, 172, 352, 584, 814, 1045 y 1048; A. NEBRIJA, *Crónica de los muy altos y esclarecidos reyes Católicos don Fernando y doña Ysabel de gloriosa memoria*, 1545 y traducción al castellano de 1565; G. AYORA, *Cartas. Escribiolas al Rey Don Fernando en el año 1503 desde el Rosellón*, Madrid, 1794; A. BERNÁLDEZ, *Memorias del reinado de los Reyes Católicos*, Madrid, 1962; J. ZURITA, *Anales de la Corona de Aragón*, 1601-1621; MARAVALL, cit., pp. 17-24 cita a otros autores que admiraron a Fernando el Católico.

¹⁴ J. VICENS VIVES, *La vida y la obra del Rey Católico*, en Antonio de la TORRE, V Congreso de Historia de la Corona de Aragón. Vida y obra de Fernando el Católico, vol. I, 1955, pp. 23-33; L. SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Fernando el Católico*, Barcelona, 2004, pp. 10-15; E. BELENGUER, *Fernando el Católico. Un monarca decisivo en las encrucijadas de su época*, Barcelona, 2001, pp. 11-29, del mismo autor E. BELENGER, *Balance historiográfico sobre Fernando II de Aragón*, en Ferdinandus Príncipe del Renacimiento, Rex Hispaniarum, Zaragoza, Diputación de Zaragoza, 2006, pp. 17-31; E. BOGLIOLO, *Alle origine del mito di Ferdinando il Cattolico, 'principe virtuoso'*, en *Repubblica e virtù. Pensiero politico e Monarchia Cattolica fra XVI e XVII secolo*, Roma, 1995, pp. 13-27.



la necesidad de volver a establecer unos principios políticos sólidos sobre los que asentar la convivencia y el nuevo orden, más allá de la fuerza de las armas, la herencia o la elección.

La crisis en plena Edad Moderna estaba provocada por muchos factores que generaban una desorientación en el hombre europeo, ante los cambios espectaculares en el pensamiento político y religioso, por ejemplo, la autoridad del Estado y su separación de la Iglesia, el imperio de la ley, la legitimidad de las asociaciones menores, la monarquía absoluta, el consentimiento popular, la representación parlamentaria, etc. Por otro lado, se ofreció una nueva versión de los viejos principios, justicia, libertad, paz, bien común. No hubo, tampoco, una continuidad en la evolución de los estados territoriales, los sistemas legales, las monarquías y, en algunos casos, los parlamentos. Los cambios realmente decisivos en el pensamiento político europeo tuvieron lugar en el período que abarcan los siglos XI al XVI, entre uno y otro hubo esencialmente una época. Se puede decir que muchos de los usos más antiguos continuaron vivos y sirvieron de vehículos para difundir las nuevas ideas.

En todo este complejo mundo Maquiavelo ocupó un lugar fundamental en la reflexión, en la sistematización de doctrinas y teorías y en la resolución de problemas que situaron al hombre ante el abismo. Además, se encargó de contribuir a dotar de sentido a la época en la que se hace Europa y los europeos, justificando el ascenso de las monarquías territoriales y estableciendo los fundamentos de la filosofía política moderna.

Fernando el Católico y Maquiavelo cada uno a su manera y desde sus perspectivas tuvieron una misma intuición: los reinos unificados, estructurados jurídica y políticamente, con la autoridad del rey reforzada e indiscutida, darían lugar a un nuevo mapa político en Europa que superaría la dualidad y la tensión dialéctica entre el Imperio y el Papado¹⁵. Fernando el Católico consiguió tener éxito, primero, en la unión política de Castilla y Aragón, que resultó ser más fuerte que la suma de las partes. Segundo, dentro del proyecto de unidad incorporar nuevos territorios que no desvirtuaran el propósito inicial: Granada, Nápoles y Navarra, e integrar América en todo el conjunto sin distorsionarlo. Finalmente, acometió con decisión la tarea de consolidar esta empresa dotándola de unas instituciones y unas leyes que evitaban la ruptura y la división y que, al mismo tiempo, fortalecieran y garantizaran la unidad política y la sinergia entre los reinos¹⁶.

¹⁵ F. KUBIACZYK, *La política exterior de Fernando el Católico*, en Ferdinandus Príncipe del Renacimiento, Rex Hispaniarum, 2006, p. 388.

¹⁶ N. MAQUIAVELO, cit., pp. 221-223: “Nada hace estimar tanto a un príncipe como las grandes empresas o el dar que de sí ejemplos extraordinarios. En nuestro tiempo tenemos a Fernando de Aragón, actual rey de España. Podemos casi llamarle príncipe nuevo, ya que de rey débil que era se ha convertido por su fama y por su gloria en el primer rey de los cristianos; y si examináis sus acciones



Fernando el Católico es un personaje que encarna muy bien qué significa ocuparse de los problemas, las responsabilidades y las exigencias que entrañan ser rey, y cómo proyectar la dinastía hacia el lugar más elevado partiendo de los instrumentos que disponía, venciendo y doblegando a todos los competidores, enemigos, rivales y originando valor con cada actuación política interna y externa, mirando siempre hacia un futuro que a cada paso se convertía en presente.

Una vez liberado de las ataduras de la guerra de Granada, desplegó su capacidad para establecer alianzas estratégicas temporales o permanentes basadas en la afinidad de los socios, buscando la unidad, la lealtad y el compromiso entre los aliados en torno a un proyecto común. Su visión de cada coyuntura histórica le llevó a utilizar las tácticas más adecuadas. Pero siempre dentro de una estrategia directora de la política global en Europa, el Mediterráneo, el Atlántico y América. Mostró poseer y poner el juego una gran capacidad para ver más posibilidades en cada situación que sus competidores, y para formar equipos fuertes y coordinados alrededor de su persona y su programa político. Todas estas cualidades, unidas a otras virtudes, sirvieron para predisponerle a asumir un liderazgo mundial desde los reinos de Castilla y Aragón. Como resultado, potenció una monarquía que gobernó sobre una España unida ejerciendo como potencia hegemónica global durante un siglo y medio y, poniendo como principio de su actuación la razón de Estado que Meinecke definió de forma magistral como “la máxima del obrar político, la ley motora del Estado. La razón de Estado dice al político lo que tiene que hacer, a fin de mantener al Estado sano y robusto. Y como el Estado es un organismo, cuya fuerza no se mantiene plenamente más que si le es posible desenvolverse y crecer, la razón de Estado indica también los caminos y las metas de este crecimiento”.¹⁷

No es de extrañar que Maquiavelo, el precursor de la razón de Estado, aunque no utilizó esta expresión, alabara a un príncipe que se guió en el ejercicio de sus

las encontraréis todas grandiosas y alguna extraordinaria. Al principio de su reinado asaltó Granada; y aquella empresa fue el fundamento de estado. En primer lugar, la realizó en un momento en que no tenía otras ocupaciones ni peligro de ser obstaculizado: mantuvo ocupados en ella los ánimos de los barones de Castilla, que absortos en aquella guerra no tenían ya tiempo para pensar en innovaciones. Y él adquiría, entre tanto, reputación y poder sobre los nobles sin que ellos lo advirtieran. Con dinero de la Iglesia y del pueblo pudo mantener sus tropas y poner sólidas bases con aquella larga guerra a su milicia, que tanto honor le han proporcionado después. Además de todo esto, para poder llevar a cabo empresas mayores, sirviéndose de la religión, se dedicó con piadosa crueldad a expulsar y vaciar su reino de marranos; ejemplo por demás despreciable y extraño. Bajo ese mismo manto, atacó África; llevó a cabo la empresa de Italia, y últimamente ha asaltado Francia; y así ha hecho y urdido cosas grandes, que han mantenido siempre suspensos y admirados los ánimos de sus súbditos y pendientes del resultado final. Y todas estas acciones se han ido sucediendo de tal manera, una a la otra, que no han dado lugar a que nadie pudiese actuar, entre ellas, tranquilamente contra él. Ayuda también mucho un príncipe el dar de sí ejemplos extraordinarios en su política interna, como los que se cuentan de micer Bernabó de Milán...”

¹⁷ F. MEINECKE, *La idea de razón de Estado en la edad moderna*, Madrid, 1997, p.3.



responsabilidades política por una forma de actuar que consistía en todo momento en hacer lo necesario para conservar la integridad del Reino orientado por una razón que funciona en su propio beneficio y que aprovechaba, apoyándose en la fuerza de sus instituciones, para conseguir sus intereses sin supeditar la religión a la política, ni pasar por alto las costumbres y las normas morales¹⁸. Pero además, Fernando el Católico logró reformular la idea de imperio cristiano mediante la conversión del espacio exterior en un orden internacional basado en la fortaleza de la homogeneidad interna con el fin de establecer un Estado fuerte, rico y, sobre todo, libre de las injerencias externas y de la misma iglesia.

Por consiguiente, para Maquiavelo Fernando el Católico constituye uno de los modelos de lo que él llama “príncipe nuevo”, porque fue capaz de unificar políticamente los reinos de la Península Ibérica, algo que en Italia era imposible, y impulsarlos hacia la realización de un proyecto común que podemos cifrar en la construcción y la consolidación de una monarquía universal que compitiera con el Imperio. Pero también alabó su capacidad para unir y comprometer a los súbditos de todas las clases sociales con sus propuestas y, finalmente, ejerció la soberanía como un poder autónomo e inmanente del que se sirvió para sus proyectos políticos¹⁹.

3. Fernando el Católico tenía pocas posibilidades de alcanzar el trono. Pero la historia en unos de sus requiebros lo situó en posición de suceder a su padre Juan II. Y también al mismo tiempo, su esposa Isabel fuera proclamada reina de Castilla. Primero tuvo que afianzar su posición en Aragón con la ayuda de su padre, su madre, Juana Enríquez y el obispo Joan Margarit. Después, tuvo que luchar contra otros pretendientes y poderes fuertes para conseguir casarse con Isabel, princesa de Asturias y heredera del trono de Castilla. No fue fácil, pero finalmente ambos superaron todas las dificultades y consiguieron desposarse en 1469. El matrimonio provocó la animadversión del rey Enrique IV que decidió desposeerle del título de princesa de Asturias y nombrar heredera a su supuesta hija Juana conocida como la Beltraneja, o la hija de la reina.

Isabel fue proclamada reina propietaria de Castilla el día 13 de diciembre de 1474. Recibió pronto el acatamiento de las ciudades, villas y nobles. Con su coronación se respetaba la legalidad y las capitulaciones de Cervera. Castilla sería la clave del arco de toda la política que ambos estaban llamados a realizar juntos. Al mismo tiempo, Fernando se encontraba en una encrucijada. Aragón veía amenazada su existencia por la presión del reino de Francia. Castilla no había renunciado a su

¹⁸ Distinta es la afirmación de F. GUICCIARDINI en su obra *Dialogo del reggimento di Firenze*; usa la expresión “ragione degli stati”, que significa la derogación de las leyes morales y civiles para salvar el Estado, sin legitimidad alguna, basándose solo en la fuerza o en el dinero, Francesco GUICCIARDINI, *Dialogo del reggimento di Firenze*, en Opere di Francesco Guicciardini, Torino, 1970, p. 464. MARAVALL (1956): 14.

¹⁹ J. MARAVALL, cit. pp. 14-15.



tradicional alianza con la corona franca. El príncipe se hallaba entre dos fuegos que podían fundir su proyecto político y vital. El margen de maniobra era estrecho, porque si se inclinaba por Aragón, Castilla podía darle la espalda. Si se desentendía podía convertir su reino patrimonial en parte del reino de Francia. Estaba en medio para contener con la fuerza de sus brazos el avance de ambos contendientes y para que no se lo engulleran a costa de la debilidad de Aragón. Esta coyuntura determinó que Fernando aceptara la concordia de Segovia que, guste o no, situaba a Isabel por encima de su esposo como reina de Castilla²⁰.

En Castilla se produjo una profunda fractura que se convirtió en un huracán que se podía llevarse por delante todo lo que encontrara a su paso. Los castellanos se dividieron en dos bandos. Por un lado, los isabelinos, por otro los juanistas. Los primeros apoyaban a la reina; los segundos, alentados por el rey Alfonso V de Portugal, eran partidarios de Juana la Beltraneja. La guerra de sucesión duró unos meses y se zanjó con la victoria de Isabel y con su reconocimiento como reina de Castilla, despojando de todos sus posibles derechos a Juana, en la paz de Alcoçavas (1479).

Gracias a que la alianza entre Portugal y Francia no funcionó, los reinos de Castilla y Aragón se salvaron. Si los reyes de Portugal y Francia se hubieran entendido y confiado el uno en el otro, posiblemente habrían vencido en la guerra de sucesión y se habrían repartido los reinos de los derrotados, Castilla para Portugal y Aragón para Francia. Pero eso es historia ficción.

El 19 de enero de 1479 murió en Barcelona, a los 82 años de edad, Juan II de Aragón. Fernando se convirtió en monarca. Ahora tenía también que ocuparse de su reino patrimonial²¹, sobre todo de Cataluña que seguía sumida en grandes problemas e inmensas contradicciones²². En septiembre Fernando II de Aragón pisó las tierras del Principado donde había vivido su infancia para cumplir con la última voluntad paterna: conservar reinos y súbditos en paz y en justicia²³. La guerra debía dar paso a la paz, a la concordia, a las reformas y a los cambios políticos y sociales sin injuria, sin ofender, perjudicar, agravar, herir o causar daño a nada ni a nadie. Esa era la gran tarea para la que se había formado y la razón por la que había asumido las responsabilidades y las tareas que imponían el gobierno y la dirección de los asuntos políticos.

Fernando admitió que el orden de actuación política tenía que ser: primero expulsar a los musulmanes de Granada, después ocuparse de recobrar los condados

²⁰ E. BELENGUER, cit. pp. 82-83.

²¹ Cuando Fernando se ciñó la corona de Aragón el su familia había perdido tres dominios fundamentales que formaban parte del patrimonio de los Trastámara de Aragón: Navarra, Rosellón, Cerdeña y Nápoles.

²² R. GARCÍA CÁRCEL, *Fernando el Católico y Cataluña*, 2006.

²³ J. VICENS VIVES, *Historia crítica de la vida y reinado de Fernando II de Aragón*, Zaragoza, 1962, p. 508.



de los Pirineos y, finalmente, plantear las justas reivindicaciones y derechos sobre el reino de Nápoles, al que tenía derecho por ser el heredero directo y legítimo del último rey de las Dos Sicilias, su tío Alfonso V el Magnánimo.

La tarea más complicada que debía afrontar sin demora como proyecto político común con Isabel era unir o fundir todos los reinos peninsulares en uno. Formar una unidad en la que no se apreciara que el resultado era la adición y yuxtaposición de varios elementos. Para eso lo primero era acabar con la división en Aragón, unirlo a Castilla y, finalmente, expulsar a los árabes de Granada. Una tarea para la que los reyes disponían de un tiempo limitado.

El programa político de Fernando el Católico, en esta etapa, era acometer las reformas necesarias para reforzar el poder real y, al mismo tiempo, asegurar la paz y la justicia en todo el territorio. Para realizar el proyecto tenía que conciliar los ánimos de todos los súbditos, sanear el tesoro real, incrementar los ingresos ordenando los impuestos, asegurar el ejercicio del poder en los reinos y comprometer a la corona, los nobles, al clero y al pueblo en la consecución de fines y objetivos que redundarían en beneficio de todos. Esta unidad servía para hacer frente a la complejidad que suponía consolidar una monarquía dual, unir dos reinos, asentar el poder en el Mediterráneo y planear con tiempo, de forma meticulosa y con los efectivos necesarios para cada ocasión, la decisiva guerra de Granada.

El primer paso fue concentrar el poder atribuyendo más funciones y responsabilidades a los monarcas de forma exclusiva, recuperando muchas de las competencias y parcelas que tenían atribuidas en el pasado tanto validos como familias poderosas. De esta forma Isabel y Fernando lograron disolver los grupos de presión, y así la corona se desligó de una oligarquía que trabajaba exclusivamente para beneficio del clan, o de unos pocos, en detrimento o contra una amplia mayoría. Pero al mismo tiempo conseguían algo más, convertirlos en colaboradores necesarios en un proyecto político común en el momento en que eran imprescindibles para hacer frente a la complejidad que suponía gobernar un reino en un proceso de transformación y cambio profundos²⁴.

Esta forma de reinar sirvió para alcanzar la consolidación social, económica, política e institucional de la monarquía que ambos representaban en Castilla. Fernando en Aragón sentía la debilidad de la corona y encontraba dificultades para superar la anarquía, la división y conseguir los subsidios que necesitaba de las Cortes de Aragón e implicar a sus súbditos en sus proyectos políticos.

La guerra de Granada sirvió para mantener un ejército activo, a los nobles españoles y extranjeros ocupados en dar brillo a sus blasones y linajes buscando la gloria en una contienda contra el infiel. Pero al mismo tiempo, la victoria conseguida fue fruto de una planificación estratégica en la que se efectuaron reformas militares y administrativas profundas. Entre las primeras se renovó y modernizó el ejército

²⁴ E. BELENGUER, cit., p. 98.



medieval para formar una milicia moderna en la que la primacía la tendrían la artillería, la caballería ligera y pesada y la infantería ordenada y pertrechada con armas modernas. Esta hueste bajo el mando del rey, estuvo dirigida por personas que sabían ejercer el liderazgo en cualquier circunstancia y lugar de la batalla.

La nueva situación del Reino exigía reformas y cambios profundos en la administración. El gobierno de los reinos se iba complicando con cada decisión. El comienzo fue la creación de un Estado moderno fuerte con dos reyes perfectamente asentados en el interior, gobernando al unísono y dispuestos a continuar en el exterior sus proyectos. El programa diseñado buscó sobre todo asentar la corona de España en la Cristiandad, detener los avances del turco en el Mediterráneo y dominar el norte de África para asegurarse el control la parte occidental, clave para el desarrollo económico de toda Europa²⁵. El resultado final fue el afianzamiento del proyecto de una Monarquía Española, que comenzó con la unidad de todos los reinos de la Península y se proyectó hacia el futuro hasta convertirse en un imperio universal de ámbito global.

Fernando el Católico dio una lección histórica de gobierno y dirección de los asuntos familiares y políticos²⁶. Logró la consolidación de esta empresa dotándola de unas instituciones y unas leyes que evitaban la ruptura y la división y que, al mismo tiempo, fortalecieran y garantizaran la unidad política y la sinergia entre los reinos. Mirando al futuro para que cuando él desapareciera y se cumplieran las previsiones sucesorias, que se complicaron infinitamente, se pudiera concentrar toda la herencia conseguida en unas solas manos. De esta forma multiplicó la eficiencia del patrimonio de la Monarquía Hispánica e incrementó las posibilidades de expansión y dominio en Europa, Asia, norte de África y América. Realizó el tránsito de una monarquía medieval a otra moderna

4. Maquiavelo también llama la atención sobre un aspecto que él considera fundamental en el príncipe moderno: diseñar y tener éxito en la política exterior. Fernando el Católico después de la conquista de Granada, comenzó a ocuparse de los asuntos que con más urgencia reclamaban su atención. La devolución del Rosellón y la Cerdeña que estaban en poder de Francia desde 1462, lograr el reconocimiento de sus derechos como rey de Nápoles, integrar en la política global las nuevas tierras y las

²⁵ S. CLARAMUNT, *El Mediterráneo en la política de Fernando el Católico*, Ferdinandus Príncipe del Renacimiento, Rex Hispaniarum, Zaragoza, 2006, pp. 38-44. Fernando con su política mediterránea trató de convertirse en el campeón de la Cristiandad, buscando un equilibrio tanto en Italia como en el Mediterráneo.

²⁶ G. PEYRONNET, *La pensée politique de Ferdinand le Catholique en rapport avec l'évolution historique de l'Europe*, Pensamiento político, política internacional y religiosa de Fernando el Católico, vol. II, Zaragoza, 1956, pp. 45-51.



posibilidades de los descubrimientos Atlánticos²⁷, conseguir anexionar Navarra, consolidar el dominio del Mediterráneo occidental para asegurar la comunicación con Italia, el tráfico de mercancías y la recuperación económica del Levante, impedir el avance turco, conquistar el litoral africano y, finalmente, revitalizar la gran alianza en la que había trabajado su padre Juan II con los reinos de Portugal, Inglaterra y Borgoña que en ese momento ostentaba la dignidad Imperial, con el fin de aislar a Francia.

El programa era ambicioso y exigía diseñar una estrategia, disponer de los recursos económicos y las personas adecuadas. Para conseguirlo Fernando el Católico comenzó a organizar el espacio exterior buscando la alianza y la unión de las cuatro dinastías reinantes con el fin de formar una sola. El rey evitó siempre un enfrentamiento directo o plantear una escalada bélica que supusiera una pérdida cuantiosa de recursos económicos y hombres contra Francia.

Los monarcas de Francia y de España disputaban una partida en el tablero de la política europea dirimiendo varios contenciosos históricos. Por un lado, los Pirineos, en opinión de Fernando el Católico Francia debía devolver después de treinta años los condados a la corona de Aragón sin entablar combates, ni provocar una guerra y sin obtener compensación económica alguna. Por otro, Italia donde ambos monarcas afirmaban tener legítimos derechos sobre la corona de Nápoles. Los dos sabían que en Italia se jugaba la supremacía de uno u otro reino en la Cristiandad, es decir, que convertiría a una u otra en la potencia hegemónica en todo el mundo conocido. Lo que más llamó la atención a Maquiavelo y otros autores, es el proceso ordenado y metódico que siguió Fernando para superar a Francia en cada uno de los enfrentamientos que mantuvo. Y cómo fue capaz de llevarlo a término partiendo en todos los casos de una posición inferior.

La devolución de los condados pirenaicos se planteó como una estrategia diplomática con el fin de someter al rey francés a una presión insoportable, que le obligara a claudicar pero sin provocar una confrontación armada. Para conseguirlo era imprescindible buscar aliados que intimidaran a Francia y que sufrieran también una injusta ocupación de sus territorios²⁸. Fernando diseñó una política exterior que

²⁷ No se puede hablar de América porque la corona Española denominó a sus posesiones americanas como “Reinos castellanos de Indias”. El nombre de América se utilizó por primera vez en 1507, por el cosmógrafo alemán Mathias Ringmann en la edición de la *Cosmographiae Introductio*, que en realidad era un breve ensayo que complementaba a la *Universalis Cosmographia*.

²⁸ La Casa de Borgoña gobernada por Maximiliano I reivindicaba Bretaña que formaba una parte de un triángulo cuyos otros vértices eran Flandes e Inglaterra. De este modo, se podría garantizar el comercio y la libre circulación de los navíos por las aguas del Atlántico y del Canal de la Mancha. El Rey de Inglaterra, Eduardo VII Tudor, reclamaba la Guyena y Normandía a Francia. Los tres tenían unos problemas semejantes, podían entenderse y formalizar un acuerdo para presionar y cercar a Francia. Finalmente, había que atraerse la amistad con la dinastía Avis de Portugal que en la guerra de sucesión castellana había secundado a Francia poniendo en peligro la existencia de Castilla y de Aragón, en definitiva de España como reino independiente.



pretendía establecer alianzas concretas para alcanzar objetivos determinados, pero sobre todo estaba orientada a estrechar lazos de amistad de una forma sólida y duradera, creando con sus aliados una comunidad de intereses que produjera beneficios mutuos. Por esta razón se consideraba indispensable emplear los vínculos de sangre para convertir a las cuatro dinastías, Trastámara, Avis, Tudor y Habsburgo, en un amplio linaje y en una sola familia que actuara al unísono en asuntos de política exterior, pero siendo autónoma en sus propios territorios. Esta primera alianza que parecía sólida y bien construida, se derrumbó cuando Carlos VIII de Francia ocupó Bretaña y obligó a la heredera Ana a casarse con él, rompiendo el compromiso establecido con Maximiliano. Así dejó patente a los ojos de todos los monarcas y aliados de Fernando quién mandaba en Europa. Pero un contratiempo no significa el fin de un proyecto político, más bien fue una demora en la consecución de los objetivos.

En enero de 1493 Fernando el Católico se vio obligado a firmar unos acuerdos mediante los que se restituía la amistad del viejo tratado de Toledo de 1368, por el que la marina y el ejército de Castilla se comprometían a ayudar a Francia en la Guerra de los Cien Años. No se socorrería a ningún enemigo de Francia, lo que significaba el fin y la liquidación de la gran alianza occidental. Pero como compensación Francia se obligaba a restituir los condados pirenaicos sin contrapartida alguna. A la vez, insistía en un imposible, obtener del rey de Francia su compromiso de mantenerse al margen de la empresa que se preparaba en Nápoles.

La entrega tardó meses en hacerse efectiva y Fernando se comprometió a no ayudar a su primo Ferrante de Nápoles contra el rey Carlos VIII, según la siguiente fórmula: “En el reconocimiento de cualquier derecho que le pertenezca en el Reino de Nápoles, cuando dicho nuestro primo (el Rey de Francia) y los suyos, quieran recobrar”. Este enunciado sirve para afirmar que un derecho necesita ser aprobado antes de que se pueda exigir el reconocimiento del mismo y, en el caso de Nápoles, por tratarse de un reino vasallo del Papa, tal reconocimiento le corresponde exclusivamente porque debía otorgar la investidura. Así se aplazaba la posible compensación napolitana que, finalmente, no se llevaría a efecto.

El balance final fue positivo. Los condados pasaron a formar parte de Aragón de donde nunca debían haberse segregado. La prenda que entregó Juan II volvía a formar parte de un reino unificado que se configuraba como España y, además, se abrían las rutas comerciales catalanas hacia los puertos del Languedoc. El trazado del litoral del Tirreno quedaba completado y se disponía de una vía expedita para comenzar a desarrollar el comercio por todo el Mediterráneo.

En aquel otoño de 1493, amenizado con la vuelta de Colón de las Indias, parecía haberse alcanzado la paz en Europa. La monarquía española tenía ante sí tres grandes retos. Comenzar la exploración y colonización de las tierras recién descubiertas al otro lado del Atlántico. Afianzar la expansión y el dominio sobre el litoral africano llamado de Berbería de Levante con nuevas conquistas y



asentamientos estables. Y tratar de consolidar la alianza entre las cuatro casas reinantes para disputar a Francia el dominio y el control de la política europea.

El ritmo que imponía mantener el liderazgo en la política exterior era agotador y generaba cuantiosos gastos. Fernando se vio abocado a recomponer una y otra vez los inestables equilibrios de fuerzas, a negociar tratados y treguas y a relacionarse con personajes que buscaban su interés por encima de todo. El monarca seguía muy interesado en encontrar vías de entendimiento con Francia, porque el uso de la fuerza no era el camino más adecuado para doblegar al reino vecino. Si abusaba de ella lo que podía aspirar era a conseguir un empate pero nunca una victoria definitiva y contundente. El modo de contener a Francia no podía ser otro que reforzar las alianzas, hasta convencerla de que cualquier intento de expansión sería inútil, porque tenía enfrente fuerzas tan superiores que resultaba insensato pretender vencerlas. Esta fue una de las razones que le llevó a realizar las alianzas matrimoniales que constituyen un capítulo esencial en el planteamiento político de Fernando el Católico²⁹.

El primer resultado importante de este cambio de actitud fue la firma el 25 de febrero de 1497 en Lyon de una tregua que daba plazo suficiente para negociar la paz. La guerra terminaba con un resultado tangible y beneficioso Fernando incrementaba su influencia con un asentamiento en Calabria. Se dejaban a un lado los problemas bilaterales con Francia, Nápoles y Navarra, porque no afectaban a los otros reinos, sino sólo a los reyes de cada lado de los Pirineos. Un año y medio después, en agosto de 1498, se firmó la paz de Marcoussis en la que Francia y España, estrechaban sus relaciones obligándose a socorrerse contra sus enemigos. Sobre Italia se guardaba un espeso y elocuente silencio, cualquier resolución sobre ella se aplazaba a una ulterior negociación.

Durante los ocho años que Fernando ejerció como rey consorte de Castilla saboreó las mieles del triunfo, padeció el dolor y la frustración de ver truncados sus proyectos más queridos, gozó de la lealtad de sus colaboradores y, también, sufrió traiciones y desprecios de quienes debían agradecerle todo lo que habían conseguido ellos y sus familias. Se enfrentaba con una gran complejidad política tanto en España como en el extranjero, así como en el seno de su propia familia.

La muerte del príncipe Juan fue el primer rayo que quebró la armonía conseguida y destruyó muchos de los proyectos de los Reyes Católicos. Siguió los fallecimientos de Isabel de Portugal (1498) y de su hijo el niño Miguel (1500). Juana, que ya comenzaba a dar síntomas de enajenación, y su esposo Felipe fueron jurados como herederos de ambos reinos. Por otro lado, el papa Alejandro VI se situó al lado del rey de Francia. Al mismo tiempo, Felipe el Hermoso rolaba vientos hacia Luis XII

²⁹ Los Reyes Católicos con su política matrimonial lograron sellar las alianzas con reinos como Portugal con la dinastía Avis con los enlaces de Isabel en 1490 y María en 1500, la Casa de Habsburgo con Juana 1496 y Juan 1497 e Inglaterra con los enlaces de Catalina en 1502 con el Príncipe de Gales Arturo y poco después de la boda en 1509 con Enrique VIII.



para conseguir hacerse con la herencia de Carlos el Temerario, y convertirse en el mejor aliado del monarca francés contra sus suegros.

Lo peor fue que Fernando e Isabel sabían que no tenían tiempo y carecían de medios para restaurar el orden político que se quebraba. El sol que comenzó a alumbrar a los europeos tras la conquista de Granada comenzaba a perder intensidad, a sentirse solo y a sufrir el abandono de sus antiguos aliados que empezaban a confiar en otra alternativa mejor y más fuerte.

Entre 1500 y 1504 se produjeron sucesos muy dolorosos y decisivos para el porvenir de la monarquía española y para Europa. Parecía que los planes y los proyectos políticos de Fernando en el interior de España y en Europa se iban desmoronando, el sistema de alianza se deshacía y la misma unidad de ambos reinos conseguida con esfuerzo y tesón mostraba deficiencias y recibía críticas de aquellos que nunca fueron partidarios del proyecto. Los enemigos, sobre todo Francia, lo acosaban y se aprovechaban de la debilidad que mostraba en estos momentos críticos y decisivos.

En Nápoles se iba a producir el cambio de signo. El año 1503 terminaría con la incorporación del Reino a la corona de Aragón. Este éxito estuvo precedido por las victorias militares de los ejércitos comandados por Gonzalo Fernández de Córdoba. El Papa Julio II, sucesor de Alejandro VI, no tuvo más remedio que mostrarse favorable a los proyectos y a las propuestas de los monarcas españoles para lograr establecer una paz definitiva entre los reinos cristianos.

En España la enfermedad de la reina Isabel llegaba a su fin. Fernando se quedaba solo para asumir la responsabilidad de gobernar todos los reinos. La unidad concebida en 1469 y hecha realidad durante treinta y cinco años, se hallaba en peligro porque había fallado la sucesión. El golpe más fuerte que recibió Fernando en estos años fue la muerte de Isabel el 26 de noviembre de 1504, al que unía la terrible realidad de carecer de una sucesora que fuera capaz de mantener en pie el edificio levantado con Fernando, que se quedaba solo para concluir el proyecto humano y político que habían diseñado juntos. El rey tenía que rematar la obra de ambos, sin ya ser rey de Castilla. La reina propietaria era Juana y su consorte Felipe el Hermoso. Fernando fue expulsado de Castilla y se vio privado de los recursos necesarios para realizar su gran política europea y universal.

5. Fernando el Católico consiguió diseñar una política exterior basada en la confianza y en la lealtad mutua en la que las señas de identidad fueron la amistad, la coordinación de esfuerzos y la cooperación entre las partes implicadas en cada proyecto y en cada momento. Esta forma de hacer política generó la concordia y un perfecto entendimiento con Portugal. En Oriente buscó también la unidad de tierras tan variadas y tan diferentes poniendo freno a la expansión turca que constituía una amenaza para todos. En América, intuyendo las posibilidades inmensas que ofrecía,



estableció los medios necesarios para impulsar el desarrollo, el descubrimiento de nuevas tierras y la gobernación justa de los súbditos que se incorporaban a la corona.

Esta experiencia le permitió poseer una visión global de la política. Tuvo la virtud de reflexionar, unas veces compelido por la urgencia y otras por la necesidad, sobre los medios pertinentes para gobernar mejor los reinos y los súbditos. Consideró, como se ha dicho, a todas las familias reinantes como un medio muy poderoso para fundar una sola dinastía, generando alianzas de sangre que complementaban y reforzaban la fría y formal diplomacia. De esta forma doblegó la resistencia de Francia. Venció a los cuatro monarcas franceses en diferentes ocasiones y en distintos frentes. Limitó los sueños de los reyes galos de expandirse, apropiarse y asentarse en territorios que no eran suyos y pertenecían a otras casas reinantes.

Preparó el camino para que sus sucesores lograran convertir a España en el Reino hegemónico en Europa, en América y en el Mediterráneo. Supo administrar el éxito poniéndolo al servicio de la monarquía española y haciendo partícipe de él a sus aliados. Mostró a todos los gobernantes las posibilidades que ofrecían las relaciones entre las personas, los hechos y el espacio físico.

Durante los años que le quedaron de vida desplegó sus grandes dotes como estratega político y perspicaz analista de las inestables y cambiantes coyunturas históricas. Firmó varios acuerdos con Francia porque deseaba sobre todo tener calma para realizar la política que le convenía a España en diversos escenarios. Lideró, a instancias del Papa, la Liga de Cambrai en la que se pusieron de acuerdo Francia, Maximiliano, España y el papado para arrebatarle a Venecia todas sus posesiones territoriales en Italia. Cada aliado consiguió sus objetivos y los territorios que se habían pactado para mantener el delicado equilibrio de poder en península italiana³⁰.

Papa Julio II sospechó que la actitud del rey de Francia, alentado por sus éxitos y seguro en sus dominios septentrionales, movía el deseo de imponer su hegemonía en toda Italia, incluidos los Estados Pontificios. Para frenar este proyecto era necesario tejer una nueva alianza que permitiera preservar la armonía política conseguida en Italia y en la Cristiandad. Francia no podía formar parte de esta nueva liga, por tanto, el Papa necesitaba un aliado fuerte que garantizara el éxito del proyecto político y sirviera de muro de contención y amenaza al rey francés. Fernando el Católico fue su opción y el tiempo le mostró lo acertado que estuvo.

El monarca español apoyó la propuesta del Papa, pero le informó de que su implicación en esa coalición significaba romper o, por lo menos, alterar las buenas relaciones con Francia. Su adhesión tenía un precio que consignó en un mensaje al embajador Jerónimo de Vich: “Desengañad a su Santidad que yo no he de hacer la

³⁰ Maximiliano consiguió Istria, Verona, Vicenza, Padua y Friuli; Francia se quedó con Brescia, Crema, Bérgamo y Cremona, el Ducado de Milán afianzando su dominio en el Milanésado; Fernando ocupó el enclave de Otranto y los Estados Pontificios se quedaron con Rímimi y Rávena.



dicha liga sin que Su Santidad me otorgue la investidura”³¹. El Papa hizo de la necesidad virtud y el 14 de diciembre de 1510 Julio II otorgó al Rey Católico la investidura oficial del Reino de las Dos Sicilias volvía a estar ligado a la corona de Aragón, como había sucedido desde el siglo XIII.

La nueva Liga Santa pretendía frenar a Francia. En abril de 1512 se entabló una cruenta batalla en Rávena. Los ejércitos franceses se mostraron superiores inicialmente, y hasta pudieron haber resultado victoriosos si no hubiese encontrado la muerte en el combate Gastón de Foix, el mejor general de Francia. A partir de este momento cosecharon derrota tras derrota. Se vieron obligados a abandonar Milán, entregaron las ciudades de Bolonia, Parma, Reggio y Piacenza. Las aguerridas tropas suizas los vencieron en Novara y les hicieron cruzar los Alpes. La persecución y el acoso llegó hasta Dijon. Enrique VIII amenazó con cruzar el Canal de la Mancha para recuperar los territorios perdidos en la Guerra de los Cien Años. Por su parte, Maximiliano hostigaba a los franceses desde su frontera. Francia acosada por todos los frentes vivía días de desesperación.

El único aliado del monarca francés era Florencia³², que ante los acontecimientos no supo reaccionar a tiempo. La indecisión de su gobierno provocó la invasión de los territorios y la capitulación de la República ante las tropas de la Liga en agosto de 1512. El rey francés se vio obligado a firmar el cuarto tratado de Blois que permitió a Fernando solventar el problema de Navarra e incorporarla a la corona de España. El rey para ceñirse legal y legítimamente la corona que otrora llevaron sus padres, y colocar el escudo del viejo reino en el suyo, tenía que jurar los fueros ante las Cortes de Navarra, y así lo hizo³³.

Fernando el Católico había consolidado su poder en Europa. Mantenía excelentes relaciones con Portugal, el Sacro Imperio e Inglaterra. Se llevaba razonablemente bien con el rey de Francia. El Papa ahora era su más firme apoyo para garantizar un cierto equilibrio, siempre inestable y quebradizo, en Italia. Había afianzado sus enclaves en el Mediterráneo oriental que servían para contener al Imperio Otomano. Dominaba de forma incontestable la parte occidental que era vital para activar el comercio y controlar las rutas y comenzaba a explorar y explotar un

³¹ Se refería al espinoso problema de la investidura como rey de Nápoles que era preceptivo para completar la incorporación del Reino a la corona. Véase BELENGUER (2001): 295-296.

³² De ahí la simpatía que profesaba Maquiavelo en sus cartas a Francia, porque había visitado la Corte como embajador y porque no se fiaba de las intenciones del rey Fernando.

³³ El proceso fue lento, pero Fernando el Católico consiguió su objetivo y acertó una vez más en su apoyo al Papa. Julio II tuvo oportunidad de agradecer a su aliado español la ayuda prestada para expulsar de Italia a los franceses. Fernando invadió Navarra en 1512 con un ejército castellano al mando de Fadrique Álvarez de Toledo, II duque de Alba. Ocupó el Reino de Navarra en dos meses no exento de resistencias y posteriores intentos de reconquista en el mismo 1512. En 1515 por acuerdo de las Cortes de Burgos, sin navarros presentes, quedó incorporada a la de Castilla, aunque las contraofensivas militares continuaron durante varios años más.



Nuevo Mundo lleno de posibilidades y llamado a formar parte de un inmenso imperio.

A estas alturas se sabía que América era un nuevo continente y, tras las oportunas consultas, la decisión de Fernando fue permanecer allí y continuar las exploraciones como querían los marinos castellanos. Las tierras estaban demasiado distantes para administrarlas directamente, así que se vio obligado a nombrar a personas de su confianza que se hicieran cargo del gobierno. No se puede negar que hubo episodios dramáticos de abusos y corrupción, fruto de la miseria humana cuando se considera libre de vigilancia o se convierte en dominador sin conciencia.

El trabajo del rey se centró en borrar o aminorar las diferencias entre los indígenas y los españoles que arribaban a las nuevas tierras. Así algunos de los muchos problemas que surgían en aquellas tierras quedarían resueltos. Las Antillas y sus tierras circundantes se incorporaron al Reino de España como un virreinato y se nombró virrey a Diego Colón. En 1511 se creó la Audiencia de Santo Domingo iniciando el proceso de ordenación territorial, judicial y legislativa de las tierras del Nuevo Mundo, porque una vez que se había decidido el asentamiento y la permanencia en ellas, sólo un poder fuerte como el de la monarquía podía evitar que los naturales de aquellas tierras fuesen saqueados, perseguidos y esclavizados³⁴. En 1512, en Burgos, se publicaron los ordenamientos que constituyen las primeras leyes sobre las Indias. En el año 1513 Núñez de Balboa cruzó el istmo de Panamá quedó confirmado que las nuevas tierras descubiertas no eran las Indias Orientales, porque en la otra orilla apareció un inmenso y extenso océano que llamó Pacífico. Estas tierras bien administradas serían capaces de soportar el inmenso gasto que supondría mantener una política universal y, sobre todo, en el futuro dar continuidad al inmenso imperio que formó la Monarquía Hispánica.

Cuando amanecía el año 1514 el Rey Católico escribió una carta a su embajador ante la Corte de Maximiliano, Pedro de Quintana, para que transmitiera al Emperador su pensamiento “una cosa havéys de responder que ha más de setecientos años que nunca la corona d’España estuvo tan acrecentada ni tan grande como agora, assí en poniente como en levante, y todo después de Dios por mi obra y trabajo”³⁵. Navarra estaba incorporada, la investidura napolitana era un hecho y el rey de Francia había comprendido el error que había cometido al enfrentarse con poder del Papa. El interlocutor de Fernando desde los primeros días de enero era el joven Francisco I. El nuevo sol de Francia, aliado con los venecianos, había vencido en Marignano los días 13 y 14 de septiembre a los suizos que apoyaban al Papa León X. Reconquistó el

³⁴ Son relevantes las discusiones que se mantuvieron en el claustro de la Universidad de Salamanca entre los profesores que defendían la libertad total del indio, como Matías de Paz, y otros que defendían un buen y correcto trato del indio pero haciéndolos vasallos del rey, como Palacios Rubios.

³⁵ E. BELENGUER, cit., p. 312.



Milanesado y amenazó a cualquier territorio en el que pudiera hacer daño al enemigo español.

Fernando, en la recta final de su vida, consiguió un acuerdo con Enrique VIII y con Maximiliano, aunque no pudo firmar la paz, logró que Francisco I se retirara de Italia porque no se veía con fuerzas para hacer frente a una nueva coalición occidental. De momento, la situación en Italia volvía a ser estable. Francia dominaba el norte, los Estados Pontificios seguían bajo el control del Papa y el mezzogiorno en el sur formaba parte de la corona de España, el sueño se había cumplido.

La vida de Fernando caminaba hacia su fin que le alcanzó en Madrigalejo, cerca de Trujillo, el 23 de enero de 1516, después de haber firmado un nuevo testamento en el que se imponía, como durante toda su vida, la razón de Estado. El heredero único de todo sería su nieto Carlos de Gante³⁶, que ejercería como Gobernador del Reino puesto que su madre, la reina Juana, seguía viva. Los regentes de Castilla y Aragón serían, hasta la llegada de Carlos, el cardenal Cisneros y el arzobispo de Zaragoza Alfonso de Aragón. Así concluía una vida entregada y consumida al servicio de la corona y ejemplo de actuación política en todos los sentidos.

6. Fernando el Católico fue un monarca que tuvo la cualidad de percibir perfectamente el entorno y la complejidad del mismo. Ponderó qué podía conseguir, es decir, qué posibilidades ofrecía cada coyuntura y se aprestó a realizarlas. Para iniciar su andadura como rey tuvo la necesidad de conocer a los pueblos sobre los que debía ejercer el gobierno. Para eso, se movió por los dominios y por las ciudades y villas para que lo conocieran y se adhirieran a sus proyectos cuando él lo solicitaba. Se dejó ver por sus súbditos y, cuando fue necesario, como en las guerras de sucesión y de Granada, se puso al frente del ejército y asumió la dirección de las operaciones. Así podía exigir a sus hombres que se dejaran la vida en un campo de batalla para realizar un proyecto político común que trascendía a uno mismo y se ejecutaba desde el presente asumiendo riesgos, pero contemplando la perspectiva de la posteridad.

El conocimiento del pueblo incrementó su autoridad, que se sumaba al poder que por el cargo y la posición le correspondían por herencia familiar y matrimonio. Sin autoridad no hay posibilidad de gobernar. El poder pasa, la autoridad permanece, pero hay que cuidarla y acrecentarla. Sin adhesión del pueblo que reconozca la autoridad, no se puede acometer ninguna empresa que genere entusiasmo en un colectivo humano, en una comunidad política.

Por otro lado, Fernando el Católico no era partidario de resolver los litigios y las diferencias por las armas, la consideró siempre como última razón para zanjarlos, justo cuando todas las artes de la negociación y de la diplomacia han fracasado³⁷.

³⁶ K. F. RUDOLF, *El Rey Católico, mi abuelo. Fernando I, emperador. Un príncipe europeo* Ferdinandus Príncipe del Renacimiento, Rex Hispaniarum, Zaragoza, 2006, pp. 409-428.

³⁷ Decía que “lo que se pueda fazer sin batalla, no se faga con ella”. Citado por E. BELENGUER, cit., p. 329.



Siempre se resistió a plantear guerras, prefirió la acción eficaz de la diplomacia, superar los momentos difíciles y las dificultades mediante la negociación para alcanzar un acuerdo que beneficiara a todas las partes implicadas.

El rey Católico entendió que debía conducirse guiado por la virtud para convertirse en ejemplo de un comportamiento recto. Y esta conducta correcta siempre se sitúa en un término medio entre el exceso y el defecto. Por ejemplo, la valentía o el coraje tienen que ver con encontrar un punto medio entre dos extremos, la cobardía y la temeridad.

Una gran lección de gobierno del rey Fernando fue que su actuación siempre consideró una triple dimensión: los súbditos y los reinos; la familia y la corona y, finalmente, el tiempo y el espacio. Con esta manera de actuar señaló la senda para que sus sucesores, el emperador Carlos I y Felipe II, convirtieran a España en el reino hegemónico de Europa, América y el Mediterráneo. Intentando transmitir una visión amplia del tiempo y del desarrollo de la política que iba más allá del limitado aquí y ahora. Así como del poder y de las posibilidades que ofrecían las relaciones entre las familias, las personas, los hechos y el espacio físico.

Fernando el Católico supo medir el tiempo y el espacio como el instrumento y el escenario donde se movía la política. Diseñó su actuación y sus estrategias para realizar y concluir los proyectos contando con estas dos limitaciones que se imponen en la vida y que cuesta tanto comprender y hacerse cargo de ellas. Convivió con el inexorable transcurrir de la historia como quien es capaz de mantener el equilibrio y la cordura situado en la punta de una lanza.

Actuó sabiendo que vivir en el tiempo es vivir en el presente continuo que pasa, se va, se escapa entre las manos, no se puede retener, se consume, no retorna, se quema. La política se diseña en el tiempo y se realiza sobre el espacio físico, sobre el terreno. Pero sin planificación, mirando al futuro sin prudencia y con pesimismo, siempre se fracasa y los proyectos quedan inconclusos. Él contempló su tiempo histórico con ambición y con deseos de conseguir lo mejor para su reino y para sus súbditos. Por eso arriesgó con prudencia, negoció hasta límites insospechados, se mostró sensato, precavido, magnánimo, juicioso, audaz y resolutivo, según exigían las circunstancias y el bien de todos los suyos e imponía la razón de Estado.

Don Fernando, el Rey Católico, ofrece todavía hoy muchas lecciones que se pueden resumir en dos. Por un lado, la veracidad y la actuación prudente; y, por otro, su capacidad para asumir la complejidad creciente en el ejercicio de sus responsabilidades.

La veracidad le llevó a contemplar la realidad tal cual era, llena de posibilidades que como rey tenía la obligación de aprovechar porque nadie disponía de los medios necesarios para realizarlas mejor que él. Ante un revés, como la muerte de sus hijos, la segura desaparición de los Trastámara y su sustitución por los Habsburgo, o la expulsión de Castilla por su yerno, siempre buscó el lado positivo que le permitiera hacer algo a favor de la corona y sus súbditos. Actuó con prudencia y sabiduría para



arreglar los problemas que se le presentaron. Entendió que el futuro de Aragón pasaba por su integración con Castilla, que la política se mueve en 360 grados y no en un terreno plano, que las alianzas son acuerdos temporales que sirven para conseguir un objetivo y, alcanzado éste, es mejor replantearlas o darlas por finiquitadas. La prudencia le llevó a actuar con sabiduría práctica, a veces con astucia, siguiendo unas pautas para desenvolverse de forma adecuada según las exigencias que imponía cada situación.

Aprendió una lección que transmitió a sus sucesores: manejar la complejidad histórica, social, política, económica y diplomática. La complejidad no es más que la relación entre la unidad y la multiplicidad, que sirve para comprender un mundo diverso, en muchos momentos confusos, pero indispensable para poder concebir la unidad de lo múltiple y la multiplicidad de lo uno. En este hacerse cargo de un mundo nuevo que emergía en diferentes dimensiones y manifestaciones, fue capaz de asumir el cambio de paradigma, mediante la asimilación y la puesta en marcha de la innovación, el despliegue y la activación de las sinergias, sociales y económicas y, finalmente, la percepción y el reconocimiento por parte de otros del éxito como indicador del cambio producido de manera adecuada sin provocar una ruptura en la comunidad política, o una quiebra del sistema.

Sus proyectos fueron alcanzando un volumen cada vez mayor, en cada paso y en cada conquista se complicaba la situación. Para conseguir integrar todos los elementos de una forma unitaria tuvo que atraer colaboradores valiosos, capacitados y preparados para que le secundaran, pero también debía de disponer de recursos que alimentaran las empresas políticas que exigían reaccionar y replantear los proyectos según los continuos y permanentes cambios de los entornos. La clave fue hacerse cargo del crecimiento en el transcurso del tiempo que implicaba la incorporación de nuevos territorios y súbditos a la corona. El rey se veía obligado a imponer su autoridad para mantenerlos bajo su control, pero sobre todo debía organizarlos, ordenarlos y estructurarlos institucionalmente.

Estos nuevos escenarios que se abrían a menudo implicaban la necesidad de mejorar las capacidades del rey y de sus colaboradores. Por tanto, la complejidad se incrementaba en dos sentidos. Uno territorial o material y el otro antropológico e institucional. El resultado fue que los colaboradores tenían que estar mejor formados, adquirir más destrezas y capacidades para que pudieran responder a los retos que planteaban las nuevas situaciones.

Por otro lado, la experiencia sirvió para que Fernando el Católico transformara una organización funcional de los primeros tiempos, en una organización divisional enlazada, unida y comprometida con un proyecto común. En esta fase de evolución de la organización del reino, que será el paso del Estado medieval al moderno, las relaciones jerárquicas, que nunca dejaron de existir, se complementaron con las relaciones de integración entre las personas, los medios y los proyectos. Este aumento de la complejidad para gobernar exigió al rey Fernando desarrollar un plan



estratégico-político en el que se determinaron el orden, el tiempo y los recursos que se iban a destinar para conseguir los objetivos propuestos. He aquí, un rasgo de la personalidad excepcional de Fernando el Católico: su capacidad para asumir los cambios organizacionales incorporando y manejando íntegramente la complejidad creciente del Reino y de la política, sobre todo la internacional.

Dentro de este mundo complejo y cambiante fue capaz de delinear en cada momento y en cada etapa histórica un nuevo diseño estratégico de desarrollo y, también, una organización que lo llevara a término siguiendo un proceso temporal ordenado. Todo este entramado debía que ser conducido por auténticos profesionales, personas dedicadas a la administración de los recursos y al desarrollo de los reinos. Fernando entendió que todo progreso político, social y económico debe ir acompañado de un crecimiento del poder de la corona, de los recursos económicos y humanos de que debía disponer y de una estabilidad interna que ya se había conseguido tras superar la guerra de sucesión y posicionar a toda la nobleza junto a los reyes legítimos.

Desarrolló una capacidad excepcional para ver una oportunidad donde otros perciben riesgos y problemas que los paralizan y, en esas circunstancias, trazar una estrategia que sirviera para conseguir los objetivos y rematar los proyectos. Su disposición para cambiar y rectificar cuando lo exigían los escenarios que es muestra de una sabia y prudente paciencia. Mostró que la política es una equilibrada y acertada combinación entre la voluntad y el deseo de alcanzar la certeza, con la voluntad y la pasión para afrontar los problemas y solucionarlos. Por esta razón Baltasar Gracián dice de él que “pongo un Rey a todos los pasados, propongo un rey a todos los venideros, Don Fernando... El mayor rey hasta hoy”³⁸

Fernando el Católico dejó este mundo su labor se había realizado y su ciclo cerrado. La estabilidad era un hecho y España era una potencia mundial que ejercía un dominio global. Él, un segundón de la casa real de Aragón, había gobernado y conducido con mano dura y firme el timón de unos reinos enfrentados, dispersos y en decadencia por una difícil y complicada singladura en el proceloso, incierto y cambiante mar de la política. Había concluido el camino, había salvado e incrementado su heredad, legaba al mundo una monarquía universal que proyectaba su dominio hacia los cuatro puntos cardinales. Cuando cerró los ojos dejó el escenario del presente para entrar por derecho propio en las páginas de la Historia.

³⁸ B. GRACIÁN, *El Político Don Fernando el Católico*, Amsterdam, 1659, pp.3-5, en la página 49 lo califica como maestro de la política y en el 61 con el el monarca con mayor capacidad para gobernar.